

ESPECTACULOS

CINE JAZZ
TEATRO BALLET
MUSICA VARIEDADES

TEATRO EN ESTADOS UNIDOS

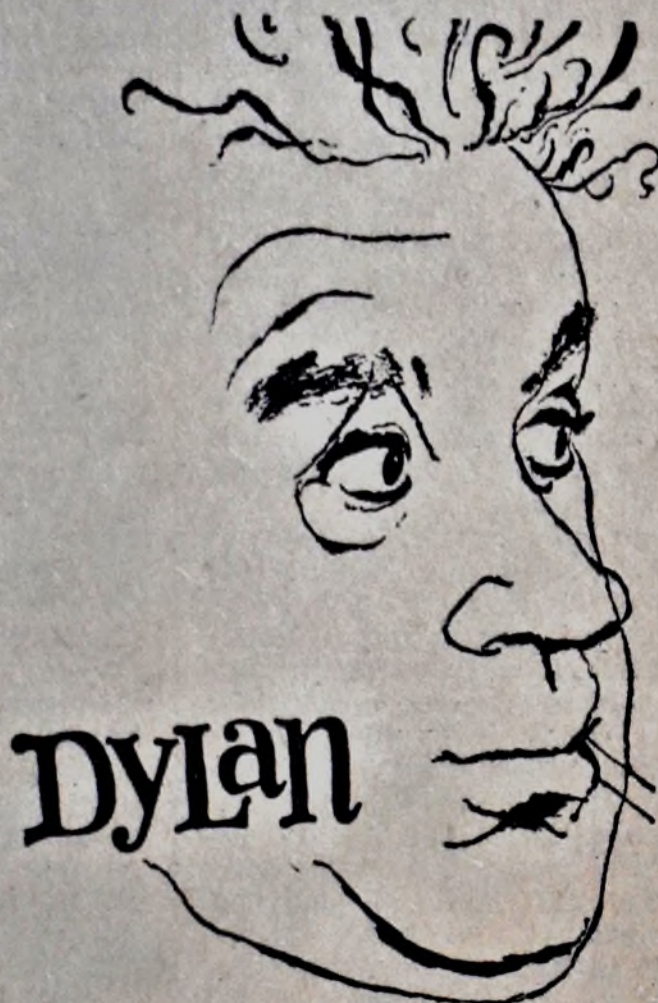
Una gran composición de Guinness

Escribe Emir Rodríguez Monegal

NUEVA YORK, febrero (Especial para EL PAIS). — El frío de esta ciudad es engañoso. Se sale de ambientes caldeados casi hasta la sofocación, poco menos que transpirando como en un baño turco, a la calle helada. Lo primero que se siente es el alivio del aire fresco, la buena cachetada en las mejillas y el súbito estímulo en todo el cuerpo. Sólo al rato se descubre que ese aire estimulante es de hielo, que esa cachetada se renueva a cada instante y va haciendo afluir la sangre al rostro, pone la nariz colorada, hace doler las orejas que uno imagina blancas y están rojas como tomates. El fondo del aire (como dicen en Francia) es hielo puro. Al caminar un par de cuadras los pies empiezan a endurecerse dentro de las medias de lana, hay señoras que entran corriendo a las tiendas a comprar botas (cualquier pretexto es bueno para ellas), los hombres se refugian en algún bar a tomar un rápido café fortificante o algo más abrigado aún. Se empieza a entender mejor entonces a aquel mujik de Tolstoy que entre comprarse un abrigo forrado de pieles o gastarse el dinero en bebidas, decidió ponerse el abrigo por dentro, ya convertido en deleitoso vodka.

De noche el hielo es más cortante e implacable. Pero las luces de Broadway brillan aún más persuasivas en este aire cargado de cuchillos. Cómo resistirse si hay una nueva obra de Arthur Miller (en que cuenta sus relaciones con Marilyn Monroe), si todavía están dando *Who's Afraid of Virginia Woolf*, del terrorista Edward Albee, si la nueva musical tiene a Carol Channing y se basa en *La casamentera*, (de Thornton Wilder, si también Alec Guinness está en Nueva York, haciendo de Dylan Thomas. Hago mi plan de batalla y me lanzo al frío, a las luces, al esplendor organizado de Broadway.

Dylan se llama la pieza de Sidney Michaels que dramatiza la vida y la muerte del gran poeta galés. Sólo se ocupa en realidad de los últimos años de su vida, esos años en que Dylan, casi cuarentón, es atraído a los Estados Unidos por un devoto admirador (John Malcolm Brinnin); aquí en los Estados Unidos encuentra la más irresistible adulación (vino, mujeres, canciones) pero también encuentra la verdad irrefutable de su decadencia como poeta (sus mejores versos tienen ya quince años), su creciente deseo de la Muerte, su final apuesta con un Destino que asume la forma de suicidio disimulado. Lo que la pieza muestra es la desintegración final, el aniquilamiento de un hombre que tuvo las más brillantes dotes poéticas en su juventud pero que se agotó en muy pocos años. Es una historia patética (como



la de Edgar Poe, como la de Rubén Darío) pero es también una historia irresistiblemente cómica. Porque Dylan Thomas, como el príncipe Hamlet, fue el héroe y el payaso de su propia vida.

Thomas era pequeño y gordito, con una cara de bebé: carrillos inflados, boca protuberante en una perpetua mueca infantil, ojos saltones, nariz respingada. El gran actor inglés que lo representa ahora, Sir Alec Guinness, es pequeño pero muy delgado, tiene la cara larga y los ojos de pescado, las mejillas escuálidas y los labios como una cuchillada; de él emana una frialdad contagiosa. Sin embargo es tan poderosa la caracterización interior de Guinness que la cara parece inflarse, los ojos saltar de las órbitas, el vientre avanzar con gestos confianzudos y todo su cuerpo sugerir una sensualidad difusa y a la vez eléctrica. Pero si el retrato físico es extraordinario, más extraordinario aún es el retrato moral. El actor ha ido al fondo del personaje con esa intuición deslumbrante que pone siempre en sus menores composiciones. Detrás del Dylan beodo, del Dylan que asaltaba a las mujeres apenas le habían sido presentadas, del Dylan que era una catarata de palabras obscenas, de chistes muy directos y sucios, de profanidad y blasfemia, Alec Guinness ha ido

a encontrar al niño completamente perdido en este alto mundo de acero y ha desnudado al joven cantor galés que no acaba de crecer y para quien la vida de adulto es un absurdo suicidio.

Las escenas culminantes de la pieza no son las que muestran a Guinness haciendo la parte payasesca de Dylan (aunque es difícil concebir un payaso más preciso y exacto), sino que son aquellas otras escenas en que Dylan es como un niño con miedo junto a la mujer que ama y lo rechaza, o el momento más tembloroso de la pieza cuando recita su poesía *Black-sheep*, esa oveja negra que es el mismo Dylan, aterrorizado por la oscuridad del mundo. En el momento final, cuando tiene que beberse uno tras otro los dieciséis whiskies que lo llevarán a la tumba, Guinness encuentra entonces esa otra dimensión metafísica en que el destino del hombre se juega no sólo dentro de su pellejo, con la sangre y los huesos y los humores del cuerpo, sino en el otro plano de su última significación divina.

Junto a Guinness, la actriz anglocanadiense Kate Reid tiene el jugoso papel de Caitlin Thomas, la mujer del poeta, vital como él, obscena como él, apasionada como él. Es un papel que la joven actriz hace con la mayor sinceridad y con una tan perfecta adecuación física y emocional que no parece producto de ninguna composición. Ya había triunfado en Broadway en el difícil papel de la dominante protagonista de *Who's Afraid of Virginia Woolf*; ahora tiene un personaje más simple y cálido pero no menos espinoso. Gracias a ella, la obra conserva ese contacto con la realidad que el estilo a veces algo abstracto de Guinness o las exquisiteces de la puesta en escena de Peter Glenville pueden hacer olvidar. Gracias a su colaboración, una pieza floja y bastante superficial adquiere otra densidad. Contrastando con la gran creación de Guinness y dándole el necesario lastre, el trabajo de Kate Reid jerarquiza este Dylan, tan cómico en la superficie, tan desesperadamente trágico en la abismal profundidad de su tema.

Al salir del teatro, el frío está ahí agazapado, preciso y cortante como siempre, implacable. Pero la obra ha caldeado los ánimos y por algunas cuadras poco importa el sutil enemigo. De todos modos, en cada marquesina hay atracciones suficientes como para descongelar a cualquiera. La vida empieza a las 8.30, era el título de una vieja película de ambiente teatral. Es un título exactísimo, porque a esa hora (llueva o truene, nieve o deshielo) los telones se levantan en Broadway sobre un público compacto y expectante. — E. R. M.